

Reseñas bibliográficas

*Los desposeídos**

Christophe Guilluy ha publicado la obra, titulada *Les dépossédés*, en la editorial Flammarion. Este geógrafo y consultor para las administraciones territoriales es autor de varios libros, tales como *La France périphérique* (2010), *Le crépuscule de la France d'en haut* (2016), *No Society* (2018), *Le temps des gens ordinaires* (2020) o *Dialogue périphérique* (2022) redactado con Sacha Mokritzky. El autor, cuyos trabajos de geografía social abordan las problemáticas políticas, sociales y culturales del Hexágono desde una perspectiva territorial, se interesa especialmente por la aparición de una “Francia periférica” que se extiende de los márgenes periurbanos más empobrecidos a los espacios rurales, pasando por las pequeñas y medianas ciudades. Subraya que cerca de dos tercios de la población gala y tres cuartas partes de las clases populares residen en estas zonas alejadas de las grandes metrópolis globalizadas. Si sus obras *Atlas des nouvelles fractures sociales* (2004), escrita con Christophe Noyé, y *Fractures françaises* (2010) despiertan el interés del público y de la clase política, *La France périphérique* (2010) ofrece unas claves de comprensión tanto del voto antisistema como del movimiento de los Chalecos Amarillos.

En el preámbulo de la presente obra, Guilluy parte de una constatación aparentemente paradójica: “las clases dominantes jamás han concentrado tanto poder, acumulado tanta riqueza, controlado [tanto] la narrativa político-mediática y, al mismo tiempo, jamás han parecido tan débiles, incompetentes y ridículas” (p. 9). En cuanto a las clases populares, si están relegadas económicamente, socialmente y culturalmente, nunca han estado tan preocupadas. Como consecuencia de ello, a finales del siglo XX,

ha aparecido un movimiento de protesta que se distingue tanto del movimiento obrero tradicional como de los nuevos movimientos sociales (Vaillancourt, 1991). “No está liderado por ningún partido, ningún sindicato, ningún líder”, sino por personas normales y corrientes (p. 9). Sus motivaciones no son meramente materiales sino que son ante todo existenciales. “No está animado por una conciencia de clase, sino por la constatación de estar desposeído de sus prerrogativas”, de estar marginado progresivamente (p. 9). Se trata de un movimiento formado por personas ordinarias que “se ha autonomizado y rechaza plegarse a las directrices de aquellos que les explican cómo vivir o sobrevivir y cómo comportarse” (p. 10).

En un primer capítulo, titulado “El acceso al mar”, el autor constata que el litoral francés se enfrenta a una problemática específica: “El acceso a la vivienda de los jóvenes y de los activos en las zonas tensionadas e, *in fine*, el derecho a trabajar, vivir y, por lo tanto, alojarse [localmente]” (p. 19). Ante semejante situación, ciertos colectivos y electos se movilizan utilizando los instrumentos jurídicos pertinentes “para frenar el ‘tsunami Airbnb’ que lo acompaña” (pp. 19–20). Esta situación resulta de la oferta insuficiente de vivienda que es consecutiva, a su vez, “de la evolución de los estilos de vida, especialmente de aquellos de las clases superiores y de los jubilados adinerados” (p. 20). En efecto, esta categoría social, que representa alrededor del 20% de la población, se adueña de buena parte del parque inmobiliario local, lo que se repercute en la vida social. Y la construcción de viviendas sociales, que es la única “susceptible de mantener una presencia importante de las categorías modestas”, no compensa la desaparición de un parque inmobiliario privado asequible (pp. 29–30).

La crisis sanitaria del coronavirus y el desarrollo del teletrabajo han acentuado esta tendencia, generando “una violencia social invisible”, la de

* Es reseña de Guilluy, C. (2022). *Les dépossédés*. Flammarion.

la exclusión del mercado inmobiliario de las categorías populares y de las clases medias menos favorecidas (p. 21). Guilluy pone de manifiesto el argumentario utilizado a menudo para justificar semejante situación.

Los ricos hacen vivir estas regiones gracias al goteo que inducen. Esta teoría que justificaba ayer la metropolización bajo el pretexto de que los territorios beneficiarios repartían una parte de su riqueza a los territorios perjudicados, disculpa las clases superiores del impacto de su elección residencial en las zonas litorales. [Asumido] por ciertos electos, ese discurso aspira a justificar la gentrificación de los litorales por la actividad que generan [p. 21].

Lo cierto es que, en todo el litoral galo, el binomio gentrificación y desarrollo de los pisos turísticos provoca un fuerte incremento de los precios de la vivienda, tanto en alquiler como en propiedad. Del notable aumento del precio por metro cuadrado, que dificulta el acceso a la vivienda de las clases populares, al encarecimiento del alojamiento estacional, “los litorales se han convertido en espacios cerrados sobre una mar cerrada” (p. 24). Como lo indica Milanovic (2021), “la globalización ha provocado una aspiración de una fracción de la clase media hacia la parte superior y un derrumbe de la mayor parte hacia abajo” (pp. 25–26). Esto conduce a una polarización creciente entre “unas categorías superiores que captan la parte esencial de las rentas y una mayoría ordinaria que se fragiliza” (p. 26). Esta transformación se ha producido sin hacer demasiado ruido (p. 28).

En el segundo capítulo, titulado “La ciudad prohibida”, el autor analiza los fenómenos de metropolización y gentrificación a la obra en numerosos departamentos franceses, a imagen de la Gironde. De hecho, ese territorio, donde el movimiento de los Chalecos Amarillos (Jeanpierre, 2019) fue muy activo como dan cuenta de ello la importancia de los contingentes de manifestantes y la multiplicación de los cortes de carreteras, ha ganado 400 000 habitantes en tres décadas (lo que representa un tercio de la población) y Burdeos se ha convertido en la metrópoli regional más atractiva del Hexágono. De hecho, Burdeos ha absorbido el 10% de ese aumento y su aglomeración, la mitad de ese incremento.

La renovación urbana, las inversiones realizadas en materia de equipamientos y las campañas de comunicación han multiplicado por tres el precio de la vivienda, hasta el punto de acercarse a los precios practicados en ciertos barrios parisinos. Esto ha llevado a la expulsión de las clases populares y de las clases medias originarias del centro urbano hacia los municipios limítrofes (pp. 35–36).

En un breve periodo de tiempo, el departamento de la Gironde ha experimentado una profunda recomposición socioeconómica que las demás metrópolis habían conocido en medio siglo. Este proceso “ha dado lugar a una organización desigual entre su gran ciudad gentrificada, en la cual la presencia de las categorías populares se limita a los barrios de hábitat social y sus periferias populares. Las clases superiores eligen el centro urbano [y] las periferias más próximas al litoral, [mientras que] las categorías modestas y populares se repliegan en la Gironde periférica” (p. 37). Se trata de lo “periurbano padecido” donde residen prioritariamente los empleados y obreros, que, “para acceder a la propiedad, se ven obligados a alejarse del centro de la metrópoli bordelesa hacia municipios donde el precio [de la vivienda] es menos elevado” (p. 38). Como lo indica Guilluy, “estos espacios, donde los hogares gozan de escasos recursos pero que dependen del coche, han sido los bastiones de la movilización de los Chalecos Amarillos” (p. 38). Este fenómeno produce relegación y violencia social invisible.

Alejándose de las zonas de empleo más activas [así como] de los territorios [dinámicos] económicamente y culturalmente, la mayoría [de la población] ve poco a poco su horizonte social y el de sus hijos restringirse [p. 38].

El desarrollo de las metrópolis no es el resultado de unas políticas urbanas audaces sino de la poderosa lógica del mercado. De hecho, si las operaciones de renovación urbana, los espacios verdes y la dotación de equipamientos permiten mejorar las condiciones de vida, “la realidad es que estos territorios integrados en la economía-mundo atraen a las empresas de la economía terciaria, de la investigación, de la logística y de la construcción” (p. 39).

En ese sentido, esta dinámica no es tanto el fruto de las políticas públicas sino de la ley de la oferta y de la demanda. En efecto, un fenómeno comparable se observa en la gran mayoría de las metrópolis regionales e internacionales, “de Nueva York a París, de Milán a Lyon, de Londres a Burdeos” (p. 40). En todos los casos, las metrópolis y sus dependencias son el lugar del entresimismo*, de la homogeneización y reproducción social, de la concentración de la riqueza y del empleo, y de la puesta a distancia y del abandono del bien común (p. 41).

Esta política ha sido llevada a cabo, a partir de los años ochenta, por gobiernos tanto de derechas como de izquierdas, con el giro liberal de la izquierda gubernamental. Esta última se aleja de las clases populares para acercarse a las clases medias educadas y a las minorías, sustituyendo la cuestión social por cuestiones societales**.

Ese cambio anuncia la adecuación de la narrativa socialista, no tanto a la sociedad, sino a las dinámicas económicas y societales de las grandes ciudades. [...] Esta evolución, que consagra la alianza ideológica entre liberalismo económico y liberalismo cultural, anuncia las victorias futuras de los socialistas y de los ecologistas en los [antiguos bastiones] de la derecha [p. 43].

La victoria del socialista Bertrand Delanoë en París en 2001 es buena prueba de ello. Aunque el modelo metropolitano se haya impuesto en numerosas regiones, en los últimos años, se oyen las voces críticas de los habitantes y de los electos de la Francia periférica.

* El entresimismo alude a la tendencia de ciertas personas, grupos sociales y comunidades, que comparten rasgos comunes, a vivir en su microcosmos social, cultural y político, evitando, en la medida de lo posible, los contactos con los demás. Este entresimismo procura una sensación de seguridad y una identidad estable (Loriol, 2011).

** Si el diccionario de la Academia Francesa define lo societal como los “diversos aspectos de la vida social de los individuos, en los que constituyen una sociedad organizada”, la sociología distingue esta noción del concepto de lo social para poner de manifiesto dimensiones más culturales vinculadas a las sociedades posindustriales. Así, mientras el movimiento obrero centraba sus reivindicaciones en aspectos sociales, estrechamente vinculadas al mundo laboral, los nuevos movimientos sociales, que surgen a partir de los años sesenta del pasado siglo, insisten en dimensiones societales relacionadas con la defensa del medio ambiente, la igualdad de género o la lucha contra las discriminaciones raciales.

En el tercer capítulo, titulado “La huella social”, el geógrafo galo indica que existe un desfase creciente entre las decisiones y los discursos de las élites que no asumen ni sus posiciones ni los efectos de sus decisiones. En ese sentido, “esta transformación radical de la sociedad parece no estar llevada a cabo por nadie, por ningún responsable” (p. 55).

Impregnadas por el individualismo liberal y consumista de la época [contemporánea], practicando, desde hace décadas, una discreta evitación residencial y escolar, las clases superiores no son conscientes, lo más a menudo, de inscribirse en un verdadero proceso de secesión. Indiferentes a la suerte de una mayoría ordinaria que no frecuentan, confortados moralmente por la adhesión a un progresismo vago, perciben sus elecciones políticas, económicas o residenciales, en el mejor de los casos, como positivas, y, en el peor de los casos, como neutrales para la sociedad y los más modestos (p. 56).

A menudo, nos dice el autor, fundamentan sus decisiones en estadísticas que prefiguran, hoy en día, cualquier debate. A su vez, la modelización a la que recurren no es tanto una ayuda a la decisión sino una manera de moldear el pensamiento (pp. 57–58). No en vano, no recurren a ninguna estadística para medir el impacto social de sus estilos de vida y de sus decisiones, por ejemplo, en materia de empleo, de poder adquisitivo o de vivienda. Tienden a convertir esta realidad en ilegible y a borrar su huella social (p. 61). En ese sentido, además de ocultar las clases sociales, las categorías “superiores saben elegir su bando cuando es cuestión de decidir sobre las grandes orientaciones políticas”, dado que eligen sistemáticamente el modelo dominante. El incremento de su patrimonio da cuenta de ello, al tiempo que el patrimonio de las clases populares y medias se fragiliza. Así, en Francia, “las clases superiores disponen de un patrimonio neto mediano nueve veces más elevado que el de los empleados” (p. 65). Tras décadas de metropolización, se han dotado de un patrimonio inaccesible a las clases desfavorecidas (p. 66).

En realidad, existe un hilo conductor: “El rechazo de la alteridad social y una indiferencia hacia la suerte de las personas ordinarias” (p. 67). En su óp-

tica, el conflicto entre las clases dominantes y dominadas carece de sentido, puesto que no conviven. “Esta abstinencia social del mundo de arriba, que conduce a la reducción de los contactos intelectuales, culturales y físicos con la mayoría ordinaria, ha fabricado unas burbujas geográficas y cognitivas en las cuales el entresimismo y la reproducción social se convierten en la norma” (p. 67). En ese sentido, la puesta a distancia de las clases populares les permite mantener su posición dominante y preservar el orden social. En lugar de oponerse a ellas, las ignoran y las olvidan. Por lo cual, las clases favorecidas no son belicistas sino indiferentes a la suerte de los más vulnerables, no son cínicas hacia los demás sino autocentradas en sus preocupaciones materiales (p. 67).

En el cuarto capítulo, que se titula “Cinema”, el autor recuerda que todos los pueblos se han construido sobre la base de historias y de mitos que conforman un relato nacional. De hecho, “todos los países han forjado su identidad a partir de episodios históricos, leyendas [y] antepasados prestigiosos, ocultando una parte más o menos grande de la realidad” (p. 77). La cuestión es que, hoy en día, el relato nacional de los países occidentales “no se ve afectado por la diversidad de origen de las poblaciones sino por la invisibilización de sus bloques mayoritarios” (p. 79). Según Guilluy, con la profundización de la globalización, el eje central de las sociedades ha pasado de la historia a la geografía, dado que las personas se definen, ante todo, por el lugar que ocupan en el mundo. En semejante contexto, ciertas zonas y las personas que residen en ellas padecen una invisibilización masiva y una desafiación político-cultural.

La consecuencia de todo ello es que, por una parte, las categorías desfavorecidas se sienten marginadas y excluidas de la sociedad, mientras que, por otra parte, las clases superiores no se sienten concernidas por la situación de los más desfavorecidos. Ante la ausencia de un relato compartido, las categorías favorecidas tienden a remodelar la realidad e incluso a liberarse de ella, construyendo un relato alejado de la realidad empírica en general y de la vida cotidiana de las categorías populares en particular. Intentan elaborar un relato desen-

carnado en el cual pueden imponer sus representaciones y reescribir la historia (p. 80). Se basan en verdades parciales que dan una impresión de veracidad.

Tanto la televisión, las plataformas de *streaming* como las redes sociales se han convertido en los principales vectores de construcción de las representaciones sociales que tienden “a justificar la economía de mercado y, su corolario, la sociedad del consumo” (p. 83). Contribuyen, asimismo, a destruir paulatinamente la cultura popular, lo que conduce a una aculturación de las clases desfavorecidas. Ese relato, nos dice el autor, se organiza en dos niveles: “El espectáculo producido por la industria de la diversión [...] y el análisis ‘científico’ producido por los expertos” (p. 88). Ambos contribuyen a forjar las representaciones de una sociedad fragmentada y a “mantener la ilusión gracias a una escenificación y a un reparto de roles muy precisos, especialmente el de las clases populares. Un rol secundario que [sugiere] la realidad, sin jamás cuestionar el modelo” (p. 89).

Se produce una escenificación del pobre que ilustra lo que se espera de él. “Este personaje conmovedor e inofensivo, es el de la víctima eterna. [...] Cuando es evocada por los [principales] medios de comunicación, la cuestión social jamás es tratada como una consecuencia de las elecciones de las élites dirigentes”, sino como una inmersión en una historia personal, no exenta de miserabilismo y de pérdida de dignidad de las personas afectadas (p. 99), cuando, “en la vida real, las personas ordinarias buscan, al contrario, preservar su dignidad y no suelen instrumentalizar sus dificultades” (p. 103). En ese sentido, se sustituye una “figura débil y llorosa del pobre al bloque popular sólido” y a la clase obrera movilizada (p. 103).

La compasión y el exhibicionismo social se compaginan perfectamente con una sociedad en la cual la victimización se ha convertido en la norma [p. 105].

En el quinto capítulo, que se titula “Apocalypse Now”, el autor subraya que las élites dirigentes actuales juegan sobre el miedo y la ansiedad, con el objetivo de extraerse de la realidad y de fabricar el consentimiento (p. 129). El sentimiento de una

amenaza inminente se encuentra en el corazón de un relato que se divide en dos fases.

- En una primera fase, “la demonización de las clases populares [y] de sus aspiraciones permite, no solamente esterilizar su voto, sino, sobre todo, [...] decidir de la muerte social de aquellos que buscan, de cerca o de lejos, defenderlos. A la acción política se ha sustituido un discurso del miedo donde el diablo se esconde en cada detalle del diagnóstico de las [personas] ordinarias” (pp. 129–130). La demonización permite “la condena moral de cualquier solicitud, de cualquier propuesta, incluso la más legítima” (p. 130). Esto propicia la legitimación del orden social y la denominación de la protesta (p. 135) así como el desplazamiento del debate político al ámbito moral (p. 136).
- En una segunda fase, vienen las “amenazas apocalípticas” que parecen anunciar el fin del mundo. Tanto el cine como las plataformas de *streaming* difunden “unas distopías, más o menos realistas” (p. 139). Estas amenazas se funden perfectamente en el relato de estas multinacionales. Según el autor, “esta instrumentalización de la amenaza apocalíptica, en un momento en el cual las élites dirigentes han perdido toda su legitimidad, les permite aniquilar cualquier oposición. De la apocalipsis medioambiental a la apocalipsis política [...] pasando por la apocalipsis sanitaria, la gestión por el miedo permite liberarse de la política” (p. 141).

En el sexto capítulo, titulado “La radicalidad de la vida ordinaria”, el geógrafo galo recuerda que, a veces, “durante una elección, una visita ministerial, una movilización, el relato se interrumpe y deja lugar a lo imprevisto. De la bruma mediática surge la vida ordinaria. Un imprevisto, un intercambio espontáneo, un simple altercado, y la narrativa se rompe” (p. 147). De hecho, “el desfase entre el relato y la realidad de las clases populares es tal que hace imposible, para las élites, la comprensión de la riqueza y de la complejidad de lo que [se gesta]

desde hace veinte años” (p. 150). Esto hace que una mayoría de la población tenga la sensación de cierta vacuidad del relato dominante. “Esta constatación no es el fruto de un adoctrinamiento, de un rechazo *a priori* del modelo propuesto, sino de un análisis pausado, de un diagnóstico elaborado durante varias décadas” (p. 150). Resulta “del lento deterioro de sus condiciones de vida y de la negación de su existencia” (p. 150).

La radicalidad de la vida ordinaria surge precisamente del vacío y de la agitación permanente.

Su forma, su sociología, su dinámica y su geografía distinguen ese movimiento inédito de todas las protestas de los siglos pasados. Contrariamente a los movimientos sociales de los siglos XIX y XX, no es llevado por una lucha para el logro de nuevos derechos, sino por la voluntad de preservar el estatus social y cultural de una mayoría ordinaria [...]. No se apoya en la ideología de un mundo venidero, sino en la voluntad de no desaparecer [p. 151].

En ese sentido, tiene una dimensión existencial y no es reducible a una mera oposición entre progresistas y populistas. “Llevado por una sociología atípica, que reúne a las clases populares de todas las condiciones, de todos los orígenes y de todos los estatus [...], ese bloque popular recompuesto es inédito” (p. 152). Su geografía es igualmente poco habitual, ya que hunde sus raíces en las periferias, lejos de las metrópolis.

Sistemáticamente, “suscita la misma solidaridad, la misma adhesión de la opinión mayoritaria que se reconoce instintivamente en sus protestas, de las cuales sindicatos y partidos están ausentes. Extrae su poderío de la violencia generada por la pérdida de estatus social y cultural de la mayoría ordinaria” y se muestra reacio ante el relato proveniente de las categorías superiores (p. 153). Esta revuelta recurre a la desobediencia, “una desobediencia cultural en la cual las cuestiones materiales están en juego” (p. 153).

Lo cierto es que el separatismo geográfico y cultural es tal que no posibilita “compartir un zócalo común de referencias políticas o filosóficas” (p. 154). La ciudadanía se aleja de manera creciente de la política, los debates políticos ya no interesan y las noches electorales pierden parte de su audien-

cia hasta el punto de ser recortadas y sustituidas por películas o programas de diversión. Tanto los líderes políticos como los medios de comunicación critican el escaso interés de las clases populares que harían gala de indiferencia y de dejadez. “Los niveles de abstención probarían el desinterés hacia el bien común” (p. 155). Pero no se cuestiona la oferta política existente y su incapacidad para responder a la demanda de las clases populares. En ese sentido, notable “en la mayoría de los escrutinios, la abstención de las clases populares no es tanto una indiferencia hacia la cosa pública (una despolitización) sino la constatación de la desposesión de su soberanía” (p. 156). “La abstención ilustra la autonomización de las clases populares, no su repliegue” (p. 157).

En el séptimo capítulo, que se titula “No contra sino en otro lugar”, el autor indica que las categorías desfavorecidas se rebelan. “Su singularidad consiste en no basarse en una ideología sino en una forma primaria, vital, producida por la experiencia fundamental de la existencia, de una lucha cotidiana que permite afrontar la realidad con energía” (p. 159).

Las clases populares no comparten una conciencia de clase, sino algo más poderoso que es un destino común. Han forjado un modelo sólido de los efectos del modelo económico y societal que les ha sido impuesto. No se han endurecido gracias a las luchas sociales categoriales, sino gracias al ostracismo cultural del que son objeto [p. 162].

Sus reivindicaciones no se limitan al poder adquisitivo sino que conciernen igualmente y sobre todo a la realización personal, al respeto y la dignidad, en un contexto marcado por la inseguridad social provocada por la falta de empleo y los bajos salarios (p. 169).

A esta inseguridad social se añaden “las inseguridades físicas y culturales. Para las clases populares, la difusión de la inseguridad es uno de los principales signos de un deterioro de su estilo de vida. En ese ámbito, el fracaso del Estado es percibido, en el mejor de los casos, como la prueba de una verdadera desclasificación, y, en el peor de los casos, como un abandono” (p. 170). Esta situación es vivida como “una negación de su existencia, subraya el lugar [ocupado] por ‘los que no son nadie’,

de aquellos que no tienen los [recursos suficientes] para mudarse o protegerse” (p. 170).

Tras perder su estatus de referente económico-social, las clases populares y medias han sido desposeídas de su estatus de referente cultural [p. 171].

Al término de la lectura del libro *Les dépossédés*, es obvio reconocer la actualidad del tema abordado, especialmente después del movimiento de los Chalecos Amarillos en Francia, así como la perspicacia con la cual el autor analiza la suerte de los desposeídos, compuestos por las clases populares y una parte de clases medias, a menudo residentes en las zonas periféricas alejadas de las principales metrópolis en las que se concentran la riqueza, el empleo y los servicios. Compagina un estudio lúcido de las categorías empobrecidas, que se sienten marginadas, abandonadas e ignoradas, con un análisis de las clases superiores, residentes en las grandes ciudades, que son incapaces de comprender la situación de la mayoría de la población, construyen un relato alejado de la realidad y no conviven con las clases populares.

No en vano, en su afán de subrayar las injusticias padecidas por las categorías desfavorecidas y la arrogancia de las élites dirigentes, el autor cae en una visión populista de la sociedad, distinguiendo un pueblo virtuoso y digno de una élite corrupta e incompetente. A su vez, en su voluntad de demostrar la veracidad de su demostración, recurre a superlativos y cae en exageraciones que se traducen por una pérdida de matiz que no permite dar cuenta de la complejidad de la realidad. De la misma forma, al tratarse de un ensayo y no de una investigación científica, realiza afirmaciones que no demuestra empíricamente, lo que debilita la fuerza de su tesis. Por último, confunde a veces sus deseos con la realidad atribuyendo a las clases populares ciertas virtudes y anunciando acontecimientos que, dos años después de la publicación de la obra, todavía no se han producido.

En cualquier caso, la lectura de esta obra resulta estimulante y útil para comprender las transformaciones de la sociedad francesa y movimientos tales como el de los Chalecos Amarillos.— EGUZKI URTEAGA (Universidad del País Vasco)

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Guilluy, C. (2010). *Fractures françaises*. París: Editions Bourin.
- Guilluy, C. (2010). *La France périphérique*. París: Flammarion.
- Guilluy, C. (2016). *Le crépuscule de la France d'en haut*. París: Flammarion.
- Guilluy, C. (2018). *No Society*. París: Flammarion.
- Guilluy, C. (2020). *Le temps des gens ordinaires*. París: Flammarion.
- Guilluy, C. (2022). *Les dépossédés*. París: Flammarion.
- Guilluy, C. y Mokritzky, S. (2022). *Dialogue périphérique*. Estrasburgo: Zinc.
- Guilluy, C. y Noye, C. (2004). *Atlas des nouvelles fractures sociales en France*. París: Editions Autrement.
- Jeanpierre, L. (2019): *In Girum. Les leçons des ronds-points*. París: La Découverte.
- Loriol, M. (2011): Sens et reconnaissance dans le travail. En Karakioulafis, C. (dir.): *Traité de sociologie du travail* (pp. 43–67). Atenas: Aionikos.
- Milanovic, B. (2021): *Inégalités mondiales: le destin des classes moyennes*. París: La Découverte.
- Vaillancourt, J-G. (1991). Mouvement ouvrier et nouveaux mouvements sociaux: l'approche d'Alain Touraine. *Cahiers de recherche sociologique*, 17, 213–222.